



La escritora Virginia Ayllón, traza, desde La Paz, una línea de vista hacia el  
(el martes 17 de agosto) a los 72 años, partió de visita a esa nueva casa que es

## MAROSA DI GIORGIO:



Marosa di Giorgio

Mi alma es un vampiro grueso, granate, aterciopelado. Se alimenta de muchas especies y de sólo una. La busca en la noche, la encuentra, y se la bebe, gota a gota, rubí por rubí.

Mi alma tiene miedo y tiene audacia. Es una muñeca grande, con rizos, vestido celeste.

Un picaflor le trabaja el sexo.

Ella brama y llora

Y el pájaro no se detiene.

(De *La flor de lís*)

El nombre de Marosa di Giorgio es uno de los argumentos para que alguien afirmara la preeminencia matriarcal en la poesía uruguaya. Puesta junto a Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, Idea Vilariño, Ida Vitale, Circe Mala, entre otras; Marosa conforma la potente poesía escrita por mujeres en el país oriental. Leyendo a Agustini o Vilariño se puede entrever cierta tradición que ayuda pero no explica el particularísimo mundo escritural de Marosa.

Junto a Rubén Vargas y Humberto Quino compartimos con ella en un Encuentro de Escritores Uruguay-Bolivia hace dos años. Marosa leyó textos de su libro de relatos eróticos *Rosa Mística* y al oírlos nos llenó la certeza de estar frente a una de las escrituras contemporáneas más impactantes de América Latina. Pero también la conocimos en el plano más personal y de ahí que sea tan certero el juicio de Humberto cuando le comenté de la muerte de Marosa, el 18 de agosto pasado. Dijo él: «¡qué mujer más grande, qué escritura más grande y sin embargo qué humilde!»

Intentar enmarcar la escritura de Marosa en un género literario

es ocioso porque no es poesía, no es cuento, no es prosa poética, y a la vez es todo ello. Pero de lo que no cabe duda es que es una escritura poética. Es decir una escritura que se desarrolla en el campo de la estética de la palabra. Pero eso dice muy poco de la propuesta escritural de Marosa. El año 2000 salen a luz los dos volúmenes de *Los papeles salvajes* que reúne gran parte de su obra escrita hasta entonces. La lectura de estos papeles permite describir que el mundo de Marosa es uno fantástico aunque no menos real; es el mundo del jardín, el bosque, los animales, las frutas, las organzas y los encajes, los duendes y las hadas. Un mundo creado y recreado en sí mismo y que le permite narrar historias del enfrentamiento a la vida, a la muerte y al amor. Juega Marosa con un ritmo delicado, inocente y natural que en sí mismo, sin embargo, contiene lo perverso, maligno y malicioso. Mas estas dicotomías—como bien apunta la poeta chilena Verónica Zondek—, no se construyen con base en lógicas excluyentes, maniqueas o moralistas. Todo lo contrario, siendo parte del estilo de Marosa el siempre presente juego de la sutileza como el de la sugerencia, estas ambivalencias fluyen felizmente juntas una y la otra y sin atisbo de valoración para uno o para otro; así la vida y la muerte, lo bello y lo feo, el amor y el odio, el deseo y la posesión son inseparables en cada una de las líneas de esta iluminada uruguaya.

Pero donde mejor creo que se observa esta propuesta es en su literatura erótica, que está en toda su obra pero con preferencia en *Rosa Mística* y *Misales*. Estos textos describen historias en las que todos y cada uno de los vastos elementos del mundo de Marosa se interceptan en la clave erótica. De ahí que picaflores, gallinas, vestidos celestes, curas, caballos, viejas, vampiros, señoras, naranjas, hermosos jóvenes, sangre y fluidos, sabores, joyas, É se entrelazan en la calve siempre candorosa que incluye otras como la violencia, la posesión, el goce, el descubrimiento. Hay una construcción de la experiencia erótica ambivalente pero siempre íntegra, redonda. Hay placer en su escritura.

Recuerdo siempre a Jesús Urzagasti, a Juan Carlos Orihuela y desde ahora mis recuerdos serán también para Rubén, Humberto y para ti, me dijo Marosa, frente a una copa de vino en un bar de un Montevideo otoñal que es el recuerdo que ahora tengo de ella.

### Textos

¿Qué pasa en aquella hora? Los caballos empiezan a resucitar. Los antiguos de labranza, juntan los huesos, el negro cuero, los dientes niveos; ya tiemblan, revolotean, ya marcan el paso en torno a los huertos. Viene rumor de antiguas cenas; el fantástico apio cubre su cabello de colores; la cebolla de ojazos azules, me mira dulcemente, y el melón como un perfume macizo. Reaparecen los tíos y sus peones, cuentan los surcos, ordenan el trabajo; al pie de la casa se yergue toda, el abuelo da la voz de mando. Vuelven las nubes del sur, leves como el humo, siempre de sur a norte, de sur a norte É

Mamá saca del aparador mi corazón de niña, pequeñito, y late todavía».

(De *Papeles salvajes* I)